

propuesta de Gezar, se convirtieron casi de súbito á la inevitable continuación de Hacem. Por tal motivo y razón escucharon atentos y gozosos la parte del discurso de Gezar que pintaba con vivos colores el contraste manifiesto entre las antiguas glorias y las recientes flojeras de Hacem: ahí, en esos períodos reuníanse con arte los motivos del irrespetuoso ingreso en la real estancia y condenábanse los antiguos, y en la sazón aquella enconadísimos agravios. Pero sus partidarios, que le miraban con verdadero entusiasmo, infundiéndole ardor con el centelleo de sus ideas en los ojos, llamáronse, como vulgarmente solemos decir, á andana, en cuanto Gezar alentado por el expreso asentimiento á la primera parte de su arenga, se arriesgó á entrar en la segunda, y soltó secretos en que sólo estaban iniciados los principales jefes. Un sordo rumor de reprobación contundente, rumor tan expresivo como antes lo fueran aquellos de aprobación y de asentimiento, anunció el cambio rápido en las disposiciones de tan movido y movable auditorio. Hacem, cuyo ánimo pasara por una verdadera pasión oyendo reconvenciones de quien él imaginaba que le debía en su condición de vasallo hasta el respiro en el aire y el aliento en el pecho, con alegría singular holgóse, así que oyó la temeraria propuesta reveladora de dos cosas, del poco camino andado por las intrigas que urdiran allá en el haren mujer é hijo y del mucho arraigo que aún tenía su nombre propio y su auto-

ridad real en los corazones granadinos. No era la muchedumbre tumultuada bastante astuta, pues la astucia no es cualidad jamás de las muchedumbres, para ocultar su disgusto; ni era en verdad Hacem lo inexperto que se necesitaría ser para desaprovechar aquella ocasión de vencer y hundir á sus propios enemigos presentada por la inexperiencia de su jefe principal en el angustioso momento de tan supremas competencias. Los dichos que habían corrido de labio en labio por el apiñado grupo, bien expresivos de la división que acababa de surgir donde más necesaria era la unidad, alentáronle á romper por todo y á salir de una situación ya insostenible.

Antes de que Hacem hablara, los diversos grupos como ya hemos dicho, se desahogaron, departiendo entre sí los varios individuos acerca de las temerarias proposiciones.

- Nada, por Alah, de mujeres—decían unos.
- Nada de muchachos—decían á su vez otros.
- Nuestro rey es Hacem;—exclamaban los más.
- Necesitamos á la victoria moverle; no destituirle.
- Que se vayan los renegados, pero que se quede él.
- Nosotros creíamos al monarca muerto.
- Pues nosotros lo creíamos enterrado.
- Nos dijeron que lo habían visto subirse á la cumbre más alta de los montes alpujarreños para no volver jamás entre los granadinos.

—Y á nosotros nos dijeron que lo habian sus domésticos enterrado al pié del ciprés de la Sultana en los jardines del Generalife.

—Sí Hacem; no sirve que llames al moro de Loja cuya mirada penetrante y avizora lo mismo atisva los pabellones del enemigo á lo lejos, que defiende y preserva la entrada de nuestra vega.

—Ahí está el Zagal que quiere seguramente reinar y que sabrá conducirnos á la victoria.

—Ahí está el buen Aliatar, espejo de los caballeros musulmanes.

—La mujer que se quede allá en su haren cuidando recelosa de las odaliscas recatadas al apetito de Hacem.

—A Boaddil, fáltale tiempo y vida para el amor de su Moraima, con la que se halla unido y pareado como las tórtolas en guisa de católico.

—Fuera el vizir.

—Muerte á los renegados.

—Gloria para el expugnador de tantas inmortalidades.

—Que Hacem nos mande.

—Que se esperece y sacuda su melena como tras la calentura el soberbio león.

—Albricias á nuestro rey.

—Nada de consentir femeniles ambiciones.

—Boabdil subirá indudablemente al trono, cuando su padre le haya industriado en los empeños varios y en los casos múltiples de la guerra.

—Que Alah conserve á quien Alah tiene desig-

nado en sus inexcrutables designios al trono de Granada.

Todas estas palabras varias en tumulto grandísimo, subían hasta los oídos de Hacem anunciándole cómo Gezar perdiera la partida y la ganara él. De consiguiente, aquel machucho y redomado rey, tan experto en las artes de la intriga como curtido en los combates de la guerra, cogió su ocasión propicia por el cabello y comenzó á dirigirse de esta suerte á los ya más aplacados que movidos musulimes.

—Comencemos—dijo Hacem,—por las alabanzas debidas en todo trance al Dios á quien adoramos. Loemos al Creador, porque de su frente vienen día y noche, como de su voluntad fortunio é infortunio. Él prospera la simiente de trigo en los surcos del campo é ilumina la superficie de los astros en la inmensidad de los cielos. Él designa el dichoso á la dicha y el desastrado al desastre. Cuando él quiere, toda nuestra vida se torna en regocijos como los meses de la primavera se coronan de flores. Él me ha dado mi reino de Granada; mi asiento en el trono que no envidia los tronos del Yemen; las mujeres de mi haren, los caballos árabes que relinchan ahora en mis cuadras, los collares de mi garganta y las diademas de mis sienes, la púrpura que visto, y los camellos africanos que vienen cargados de presentes á hincarse con docilidad cerca de mi puerta. Bendito sea el Omnipotente Alah y tengamos todos como una sola voz para bendecirlo.

—Bendito, bendito, bendito—dijeron los musulmanes adheridos ya casi por completo á su rey como ganados por este habilísimo proemio.

—Dichas estas alabanzas que debemos todos á Dios, he oído la razón de vuestras conmociones; y las he oído con una paciencia indigna de mi sangre nazarita é impropia de mi regio ministerio.

—Piedad—gritó alguna voz acongojada por el terror que á todos los pueblos orientales infligía en aquel régimen de horrible despotismo la iracundia de los déspotas.

—Os quejáis de que Granada parece como dormida, y el Sultán como indiferente. ¡Ah! Este reino, último resto de tantas grandezas ismaelitas como en el suelo español se han levantado, no puede vivir en sus cimientos combatidos por el huracán á la continua, ni puede contrastar los formidables enemigos que llaman á sus puertas con redoblados golpes, sino suma en mezcla bien difícil ¡oh! la pujanza con la prudencia.

—Cierto, cierto—murmuraban las muchedumbres en voz baja, mientras Gezar sentía inclinarse la cabeza cargada de pensamientos tristes sobre aquel su pecho herido por dolores provinientes del peligro inmediato y cierto.

—Recorred—continuó Hacem—la historia de nuestros progenitores, y encontraréis cómo han tenido que mezclar tanto la prudencia como la fuerza en todas sus empresas. La noble familia de Arjona proviniente del feliz Saad, antiguo com-

pañero del Profeta, parecía destinada por su pura sangre árabe y por su ortodoxia musulmana en los decretos de Dios á las mayores felicidades y á una obediencia más constante y más justa de la que Granada le ha prestado. ¿Quién sino mi familia, vencidos y arruinados los almohades, tuviera la fuerza indispensable para barrer de aquí á los codiciosos infieles y guardar en este rincón del Paraíso un santuario en España para el Koran arrojado de Zaragoza por Alonso I, de Valencia por el Cid Campeador, de Toledo por Alonso VI, de Sevilla y su río, de Córdoba y su Aljama por quien los infieles llaman Fernando el Santo y nosotros debemos llamar Fernando el perro?

—Maldito, maldito—dijeron todos á una los musulimes.

—Cuando entró el primero de los míos, el grande y beneficoso Alhamar.

—¡Que Dios lo bendiga!—Los musulimes dijeron todos á una.

—Cuando entró, iba diciendo, en Granada, la mañana del día primero del Ramadan en el año 635 de la egira, pululaban por estas tierras los infelices creyentes heridos por la desgracia y expulsos de las ciudades zozobradas en el naufragio comun.

—Verdad, verdad—gritaron aquellos que ídos allí para derribar en el polvo al monarca, formaban ya en torno suyo como armoniosísimo coro.

—Vencedor por Dios—llamaron todas las lenguas al monarca primero de mi familia, cuya gloria

pregonan estos muros por él fabricados y erigidos para espejo de las huríes del Paraíso y envidia de los poderosos del mundo.

—Muros que Dios prospere y embellezca más si cabe—gritaron los musulimes.

—Y á pesar de su fuerza y de su empuje tuvo el primero de los reyes nazaritas que ver con resignación la pérdida completa de Arjona, su hermosa patria, de Jaen, capital de un reino, y que asistir como vasallo á la toma de Sevilla, porque así lo había dispuesto Alah en sus decretos y así lo había escrito el hado en sus férreos mandamientos. Y el segundo entre los reyes granadinos Mahomad, se vió forzado por la necesidad á llamar contra rey tan débil como el décimo Alonso de Castilla, un compañero y aliado tan fuerte y poderoso como Yusuf el rey de los benimerines, teniendo que ceder al Africa ciudades tan importantes como Algeciras, y al cristiano, soberanías tan lloradas como la eminente soberanía sobre Murcia. Y aquel rey tercero que levantara en esta increíble Alhambra de Alhamar la hermosa mezquita donde se miran los ángeles del cielo, á pesar de su grandioso ánimo y de sus claros talentos que le dieran dominio imperecedero sobre las letras, dejó el trono por rebeldías de los walíes inquietos, que Granada no puede vivir en paz entre las codiciosas insidias extranjeras y las dementes perturbaciones propias.

—Justo, justo—gritaron los musulimes.

—Hasta un usurpador sufrimos entonces que se

adurmiera sobre las esclavas costillas del pueblo, y fundara un imperio tranquilo si otro de mi raza y de mi jente, otro nieto de Alhamar, otro nazarita como yo no viniera y lo sitiara en este mismo lugar donde no tuvo más remedio que rendirse. Pues bien, este mismo vencedor de los usurpadores, ante cuyas banderas habían huído los maestros de Santiago, inmortalizado por aquella batalla en que murieron dos infantes de regia sangre católica, debelador en mil correrías de Huéscar, de Orce, de Baza, de Martos, vióse por los suyos mismos herido traidoramente aquí en este sitio donde murió asesinado quien jamás fuera vencido.

—¡Horror, horror!—dijeron los musulimes.

—A la salida misma de Málaga, en jardín consagrado por el recuerdo agradecido y unánime de todos los fieles, yace hoy enterrado el sexto rey de Granada cuyo ejemplo debía disuadirlos de pensar en reyes niños, pues heredero del trono á los diez años, vió disuelto casi el reino entre las ambiciones de los walíes, las asechanzas de los cristianos, las guerras de los benimerines; y cuando pudo cabalgar y combatir y vencer, un bote de lanza lo derribó en la eternidad arrancándole al cariño de su pueblo. El nombre de Yusuf, llena como el nombre de Alhamar las paredes todas del palacio que habitamos los reyes de mi stirpe. Suya la puerta Judiciaria que parece fortaleza por su adustez y mirador por su belleza; cuyas las estancias, donde los colores del Iris brillan más en las soñadas estalactitas y los

surtidores cantan con más dulces melodías al caer sobre las tazas de alabastro. Nadie prosperó como Yusuf las artes nuestras, nadie á Granada enriqueció como él, pues parecía nuestra ciudad una hurí del Profeta ceñida con las joyas que le procuraran y le sirvieran los ángeles del cielo; nadie amontonó tantas riquezäs en los bazares ni tantos pertrechos de guerra en las alcazabas; atento así á las arideces de la gobernación diaria como á los goces de la poesía y de la música; pero nadie tan desgraciado como él por lo mismo que fué tan grande; pues hallándose absorto en sus oraciones bajo la bóveda estrellada y celestial de nuestra gran mezquita, le mató un loco en cuya cabeza indudablemente se había condensado toda la horrible locura de Granada. La gloria del padre no preservó al hijo de las desventuras que parecen acompañar como sus sombras naturales á los reyes y príncipes nazaritas. Sus hermanos y aun sus hermanas le tendieron toda clase de celadas y amotinaron crueles en contra suya el pueblo. Cierta noche, hallándose descuidado en respirar las áuras y oír los surtidores de los cármenes, asaltóle infame conjuración, obligándole, para ponerse á salvo y en cobro ¡oh degradación! á ceñirse las túnicas de mísera esclava y pasar él, rey de los creyentes, en su fuga, por mercenaria y torpe prostituta. Aligero caballo le llevó desde nuestro palacio á Guadix, y desde Guadix á las puertas del África, donde halla después de haber atravesado el mar en cristianos esquifes, un destierro en el desierto, cambiado

al poco tiempo nuevamente por el trono; y en el trono la desgracia pasada le prestó una suspicacia tan irremediable que veía conspiradores y conspiradores felices hasta en sus propios hijos, los llamados por el Koran á heredar su corona y proseguir su reinado. Y en efecto, aunque Yusuf, el primogénito no conspirara contra su padre, vióse como su padre perseguido por el hado adverso y puesto en mil circunstancias terribles por las conspiraciones ajenas. Sus tres hermanos pasaron la vida en mazmorras, pudiendo asegurarse que las habitaciones de sus cuerpos vivos, sólo podían tener comparación cierta y exacta con los sepulcros reservada en este triste mundo á los cuerpos muertos. Sus vizires y sus médicos, fueron por sospechas decapitados. El propio hijo le impuso con desacato su voluntad, enviándole á correrías guerreras más procelosas que útiles, y el rey de Fez acabó con su vida, enviándole un traje de corte magnífico empapado todo él en sutiles y penetrantes venenos. Mojamad VII, fué un desgraciado á quien sucedió un cautivo Yusuf III, quien perdió la imperdible Antequera como su antecesor perdió también á Zahara por mí recobrada en los últimos tiempos con soberanos esfuerzos.

—Verdad, verdad—dijeron los amotinados.

—¿He de recordaros lo cuanto después ha pasado, si lo tenéis en la retina de vuestros ojos más aún que en la memoria de vuestras almas? ¿Os hé de recordar los combates empeñados á muerte un

día y otro día por abencerrajes y zegríes, disputándose, no el cuerpo, no, el cadáver de Granada? Recordad al Izquierdo, vuestro rey en Túnez; acordáos del Chico ó Azaquir decapitado con gran gozo de nuestros comunes enemigos los infieles; acordáos del breve reinado de Yusuf hijo de Alsaul, quien parecía cortesano de vuestros conquistadores y no rey de los granadinos; acordáos de aquellos monarcas tres veces erigidos en sus tronos, y tres veces de sus tronos lanzados; acordáos de la fuga del hijo de Alhanaf; acordáos por fin, de mi padre Saad; y decidme si gentes que han visto en su vida tantos desastres, y que guardan tantas remembranzas terribles en su historia, sirviendo indeliberadamente y sin voluntad y sin conciencia la causa de sus propios enemigos los cristianos, hasta traerlos á estas puertas y esparramarlos por estas campiñas, decidme si pueden atizar el fuego de la discordia, venir en armas á mi palacio, desacatarme aquí, en presencia mía, herirme con gestos y con palabras el corazón, demandarme la entrega de reino tan zozobroso y por tantos enemigos amenazado á débil mujer y á mísero mancebo, sin ser por estos hechos merecedores de mi odio y reos de mi justicia.

—¡Oh, oh!—gritaban todos los otros aterrados por la furia de Hacem que horriblemente relampagueaba en sus miradas torvas, y en sus palabras siniestras, y tronaba en los repiques de su dentadura, y en los ronquidos de su garganta. El impe-

rio cobrado por Hacem sobre los suyos y el terror ejercido por su persona sobre los amotinados, llegaron á tales términos y extremos, que unos se hincaban de rodillas como ante un Dios, otros lloraban con desahogados lloros á guisa de pobres mujeres, caían estos desmayados al miedo, tomaban la puerta y la fuga otros; mientras Gezar, acercándose á uno de sus compañeros en misterioso ángulo de la estancia le pedía por piedad que lo matase; y el compañero apiadado le clavaba su puñal en el corazón, á cuya puñalada se desplomaba exánime ante las gradas mismas del trono, y á los piés mismos del monarca que había querido destruir y perder.